

Las avenidas del espacio público y el avance de la educación ciudadana	Titulo
Salazar, Gabriel - Autor/a;	Autor(es)
Santiago de Chile	Lugar
U.ARCIS, Universidad de Arte y Ciencias Sociales, Departamento de Investigación	Editorial/Editor
1996	Fecha
	Colección
Poder de la comunidad; Cambio social; Educación; Espacio público; Pobreza; Educación popular; Ciudadanía; Sujeto social; Chile;	Temas
Doc. de trabajo / Informes	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Chile/di-uarcis/20121001024504/salazar.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



**LAS AVENIDAS DEL ESPACIO
PUBLICO Y EL AVANCE DE
LA EDUCACION CIUDADANA**

Gabriel Salazar

LAS AVENIDAS DEL ESPACIO PUBLICO Y EL AVANCE DE LA EDUCACION CIUDADANA

Gabriel Salazar

I.- MACRO-EDUCACION Y MACROPOBREZA

30 AÑOS DESPUES.

En las ágoras de la política, desde el siglo pasado, se puede oír en Chile un honorable estribillo, entonado cívicamente como himno de perogrullo: “con más educación, los pobres podrán superar su condición de pobreza”. Encendido con ello el populismo de todos, uno tras otro, los gobiernos chilenos se han esforzado por incrementar la cobertura (es decir: la superficie vertical y horizontal) del sistema nacional de educación. Así fulguraron las consignas del “Estado Docente” (1925), de “gobernar es educar” (1939), de la “planificación educativa para el desarrollo” (1964) y, culminando, de la “educación liberadora” (1967). Y no está fulgurando menos hoy (1995) la consigna cibernética (INTERNET) de “educación interactiva para todos”. Como efecto de tales opciones, al sistema nacional de educación se le han asignado recursos -según se ha dicho- de privilegio, que deberían computarse no sólo como extraordinarios, sino también, tómese nota: como solidarios. Es legítimo, pues, preguntar: ¿se ha logrado, al cabo de tales y tantas gestiones -de tan significativa excepcionalidad y honesta solidaridad-, que los pobres superen su condición crónica de pobreza?

La respuesta fue dada en 1990:

“(la mayor cobertura) no se ha traducido en un decrecimiento correlativo de los niveles de pobreza. El supuesto predominante según el cual, a más educación corresponde menos pobreza, se ha revelado insuficiente” ⁽¹⁾.

Y en 1995 se tiene, además, otra respuesta: las grandes políticas nacional-educativas (macro-educación) sólo han conseguido, de un lado, elevar el nivel educacional medio de desempleados y subempleados (“peonaje ilustrado”) y, de otro, generar, en la cumbre de la pirámide ocupacional, una avalancha de títulos, grados y postgrados; cuyos rebalses forman techos infranqueables para los subcontratados de más

1 J.E.García-Huidobro & L.Zuñiga “¿Qué pueden Esperar los pobres de la Educación?” (Santiago, Cide, 1990, p.7).

bajo rango educativo. La catarata en caída libre de los “sobrecalificados” ha tornado impracticable el ascenso vertical de los “subcalificados” (²)

EDUCACION POPULAR E HISTORIA AÑOS DESPUES.

“El señor K. caminaba por un valle cuando de repente notó que sus pies se hundían en el agua. Entonces comprendió que su valle era en realidad un brazo de mar y que se acercaba la hora de la marea alta. Se detuvo inmediatamente para echar una ojeada en torno en busca de una barca. Y permaneció inmóvil mientras esperaba encontrarla. Pero cuando se persuadió de que no había ninguna barca a la vista abandonó aquella esperanza y confió en que el agua no subiría más. Sólo cuando el agua le hubo llegado al mentón abandonó también esa esperanza y se puso a nadar. Había comprendido que él mismo era una barca”.

Bertold Brecht.

Al repasar la historia de la “educación popular” chilena sobresalen algunos hechos significativos, que parece necesario registrar y repensar:

a) Las prácticas de auto-educación popular no nacieron en Chile a fines de la década de 1970, en contraposición a la dictadura del General Pinochet, sino a mediados del siglo XIX, en contrapunto con la versión epocal del capitalismo liberal chileno. Su historia, es pues, larga, y se ata dialécticamente a los avatares de ese capitalismo. No se explica (ni se agota), pues, por referencia a una coyuntura determinada o a explosiones puntuales de activismo solidario, sino por referencia a un complejo conjunto de situaciones históricas de larga duración, que es preciso examinar,

b) no se encuentra en la historia de la educación popular chilena, sin embargo, actitudes homogéneas de contrapunto frente al sistema liberal dominante. Esas prácticas no han sido, ni consistentemente subversivas (aunque a menudo sí) ni persistentemente alternativas (aunque no hay pocas), puesto que, en la mayoría de los casos, han involucrado desarrollar conductas y procesos que han complementado y cubierto en parte los déficits del sistema, y sobre todo, que han activado un proceso de desarrollo económico y social ‘desde abajo’. La educación popular ha asumido la contradicción entre los sujetos populares y el sistema liberal desplegando cada vez, según las circunstancias, actitudes y

prácticas distintas, que no significaron, necesariamente, enrielar los pasos por los desfiladeros antagónicos del conflicto;

c) se observa también que la “auto-educación popular” ha operado concurriendo en un mismo terreno social e histórico con la “educación popular” desplegada por el Estado como parte de una lucha política contra la pobreza, la inmoralidad y la marginalidad. Esta concurrencia ha sido menos tensional y competitiva de lo que podría creerse. No se ha dado ni una división del trabajo ni un antagonismo cultural militante, sino, más bien, una convivencia confusa, la que -y esto si se observa como

frecuente- ha tendido a ser más paralizante para la primera (auto-educación popular) que beneficiosa para la segunda (educación popular estatal), por lo que puede decirse que esa convivencia confusa opera en la práctica como una ‘alienación desde la derecha’;

d) se ha visto también confundida o diluída al interior de programas orgánicos, ideológicos y programáticos de “educación política”, diseñados para disciplinar bases sociales bajo la égida de organizaciones partidarias que compiten entre sí por conquistar, a través del Congreso Nacional o no, las cúpulas del “poder central”; esto permite señalar, que este tipo de confusión ha operado como una ‘alienación desde la izquierda’;

e) En ciertas coyunturas históricas, la auto-educación popular” se ha reorientado a recomponer identidades básicas, instituir espacios mínimos, incrementar auto-estimas erosionadas, fortalecer estrategias de sobrevivencia, amparar grupos de resistencia antidictatorial, etc.. Han sido actividades de emergencia, de halo heroicista, de gran legitimidad, necesarias, pero, en definitiva, de escasa proyección histórica trascendente. A menudo, éstas prácticas han favorecido más la prosperidad de los profesionales y voluntarios que han ‘apoyado’ esas tareas -bifurcando el objetivo neto- que la del propio movimiento popular;

f) más recientemente, muchas prácticas de educación popular se han refundido en los bordes performativos de las políticas sociales del Estado, coadyuvando en la tarea de llenar supletoria y subsidiariamente sus múltiples vacíos de ‘legitimidad’, ‘participación’ y ‘eficiencia’. Tal disolución ha producido el naufragio de los talleres auto-educativos y el despegue de verdaderos enjambres de agencias consultoriales privadas, que hoy se adhieren, mercantilmente, a los ensanchados panales de licitación que flanquean las fronteras entre el estado neoliberal y la sociedad civil.

Es claro que, considerando lo anterior, la auto-educación popular no ha practicado orientaciones educacionales unívocas, ni ha sido consecuente en perseguir transcendencias históricas exclusivas. No ha pretendido instituirse como una ciencia autónoma, diferente, autocontenida. Y no porque ello, tal vez, no haya sido posible, o porque en sí misma sea intrínsecamente inestable, sino porque la historia global, para ella -como para todos los pobres- ha sido y es un mar demasiado jurásico (ancho y revuelto) como para que los frágiles faluchos de ‘lo educativo’ puedan recorrer sus rutas haciendo mar al navegar. ¡Si aún las grandes estructuras de la modernidad, vigentes por tantos siglos, flotan hoy sobre el tiempo jurásicamente!. No es útil, considerando eso, derrochar grandes esfuerzos en construir una Teoría de la Educación Popular auto-referida, per se. La auto-educación popular no tiene que cristalizar en saber puro, ni el saber social que emanciparse u objetivarse en una empresa académica pública, ni transformarse en una autoridad docente, para que los sujetos sociales puedan construir por sí mismos, con más eficiencia, su propia identidad futura, tanto individual, familiar como colectivamente.

Nadie tiene que construir esperanzas en base al hallazgo de barcas o al descenso espontáneo de las mareas.

Es preciso ceder el punto: la auto-educación popular, como tal, debe renunciar a su ficha de “gran relato”.

Al barroco de sus de arcos superlativos. A sus pretensiones de ‘disciplina autónoma’. Debe asumir su locus real (social, no académico), su tiempo único (las fracturas astilladas de la utopía) y su diversidad intrínseca (su actualización permanente, no su ausencia incambiable). La auto-educación popular no tiene que recuperar los valores universales a través de sí misma, ni siquiera a través de los sujetos reales (los pobres, los marginales, los ciudadanos, las masas consumidoras). No. Al contrario: son los sujetos reales los que, para recuperar su proyección trascendente en la historia, necesitan activar prácticas auto-educativas.

Y ésta no es una tarea unívoca sino multívoca, y no prefijada desde lo teórico, sino convergente desde lo práctico.

La educación popular no es una barca. Los sujetos reales si lo son.

ODERNIDAD Y SUJETO SOCIAL MIL AÑOS DESPUES

Nadie podría negar que hoy, en el mundo y en Chile, se están viviendo cambios de trascendencia. Tan profundos, que no se logra detectar su real sentido. Como que no se hallan en la memoria parámetros capaces de medir la latitud y la longitud de lo que está cambiando. El carro de la historia, pese al augurio consultorial de algunos, no se ha detenido, y como el mítico Juggernaut de la India, sin estrépito pero avasalladoramente, ha renaudado su marcha, descabalgando aurigas y atropellando incautos y comparsas. Desorientados por las rotaciones del mismo horizonte, los conservadores han perdido su parsimonia y los revolucionarios su ira. Nadie sabe cómo y dónde actuar el libreto que memorizaron ayer. Es cierto que, en este tráfago, hay ganadores y perdedores; pero los que se creyeron ganadores ya están perdiendo, a sólo seis años de su máximo triunfo (la caída del Muro de Berlín), su confianza en el futuro, y los perdedores, apenas un lustro después de su responso, sienten de nuevo el escozor de sus esperanzas subversivas (Cumbre Social de Copenhagüe). La historia, que algunos creyeron matar, goza de buena salud.

Se está frente a una “gran demostración”. Con todo, frente a ella, poco a poco, los sujetos han ido adoptando actitudes tipificables, tendencias de adaptación y conducta que, poco a poco, entre ellas mismas, están articulando el rompecabezas de una nueva ‘trama histórica’. De un nuevo cuasi-gran relato. Es decir: una contracorriente perceptiva y actitudinal, típicamente humana, cabalgando sobre la marejada jurásica de los cambios. Es de interés registrar tales actitudes:

- a) está la de aquellos que han optado por pesquisar arqueológica y genealógicamente el advenir de esos cambios, intentando, por ese medio (todavía) racional, crear un saber que impida su (peligrosa) mitificación;
- b) y está la de aquellos que, por el contrario, han asumido los cambios no como un proceso de continuidad entre pasado y futuro, sino como una fractura perpendicular sin fondo ni tiempo, que, por ello, desata la abolición del sujeto histórico, del pasado, y la anonadación del futuro;
- c) y está la conducta de aquellos que, sintiendo revuelto el brazo de mar que los inunda, se han transvestido, oportunamente, en varguandistas pescadores de lo nuevo y en amnésicos fondeadores de lo viejo;
- d) Y está también la actitud de los muchos que dejan traslucir, simplemente, su incertidumbre, su melancolía derrotada, o su porfiada letanía ortodoxa, o su olfateante búsqueda en cada rincón, siempre reacios a abandonar al viento los andrajos de su histórica identidad.

Es de interés consignar, resumidamente, el trabajo de sociólogos como Pakulski, Walters, Harvey y otros - por ejemplo - que definen el primer tipo de actitud frente a los cambios. Para ellos, estamos al término de una época (la modernidad) y al inicio de otra (¿cuál?). Se trata de cambios de larga duración, cuya dirección teleológica, por ahora, no es previsible. Son procesos abiertos, que no empujan puntos Omega, aunque si arrastran puntos Alfa, es decir: un largo milenio histórico (empírico) de modernidad.

No se puede, por tanto, establecer la dirección de los cambios (su Omega), pero sí el gerundio interno de su movimiento, su ciclo mayor de expansión y caída, perfilado por su Alfa.

Es posible, por tanto, medirlos con parámetros históricos objetivos. De modo que no cabe una actitud de “fin de la historia” sino otra, más simple, de precisar concretamente que es lo que está cambiando con respecto al milenio conocido. ¿Y qué es, pues, lo que está cambiando?

Primero: el capital, que, de dominado por la infraestructura (local), es hegemonizado hoy por la superestructura mercantil, financiera y comunicacional (global), al punto que son los operadores internacionales de los “fondos de pensiones” los que controlan (o administran), tecnocráticamente, el poder económico, y no los arcaicos “propietarios del capital productivo”.

Segundo: La estructura de Clases, debido, sobre todo, a los cambios ocurridos en las órbitas gravitacionales del capital. Así, la burguesía se diluye detrás de la prepotente pléyade de “operadores a futuro”. La vieja y estatalista clase media burocrática, por su lado, se desmorona al ser sobrepujada por los privatizados e inclasificables profesionales free lance y también por los (sospechosos) trabajadores sociales que, nadie sabe cómo, están allí restañando las porfiadas hemorragias pauperizantes del mercado. Más abajo, el añoso proletariado industrial se torna liliputense delante de las agigantadas masas de temporeros, subcontratados y neomarginales, mientras los arcaicos campesinos se pudren en los suburbios de la megalópolis. Las clases sociales, sin ningún respeto, han sido revolcadas y desarticuladas: hoy están irreconocibles. Así, a causa de ello, ya no hay identidades colectivas con suficiente capacidad de aglutinación, los cambios han tornado gelatinosas todas las viejas estructuras sociales.

Tercero: El Estado, debido, sobre todo, a la creciente hegemonía del mercado globalizado y al temor, ya bastante computado, a un probable asalto de las masas marginales a los ‘centros’ más visibles del poder. El Estado ha debido desconcentrarse (tornarse transparente e históricamente invisible) y deberá seguir desconcentrándose, sobre la base de “devolver” poderes al mercado mundial, a las agencias privadas, a los gobiernos locales y -quíéralo o no- a los propios ciudadanos. Esto ha traído y traerá consigo la desfuncionalización de la clase política civil auto-referida (primero), y de la clase política militar nacionalista (después); con la

consiguiente sorda crisis de representatividad e incluso de legitimidad del sistema político.

Cuarto: la Cultura, debido, principalmente, al deterioro de los grandes relatos, que, antes, la imantaban creativamente a lo largo del tiempo histórico. Hoy, sin magnetismo longitudinal, la creación cultural se deja llevar por la rosa de los vientos, sin norte ni propio sentido, sin sustancia de tiempo, sin antes ni después, como un sincretismo caótico que se ahoga, no importa si su éxtasis o en metástasis, en cada uno de sus multiplicantes pero solitarios fragmentos.

Quinto: el Espacio, la Ciudad. Porque, según se ve, están desapareciendo, una a una, las grandes plantas industriales y sus abigarrados barrios obreros. Los grandes centros cívicos del Estado achatán su perfil a ras del pavimento. La comunicación inalámbrica domina el espacio, arrasándolo todo. Los automóviles y los supermakets han saturado el espacio público. Los ciudadanos se repliegan al interior inocuo de sus condominios. El conflicto social ha perdido todos sus espacios públicos, y se diluye, desgranulado, en millones de poros, alvéolos e intersticios privados y semi-privados. Como si la Ciudad, dotada ahora de fauces ante idiluvianas, devorara a todos sus ciudadanos, como un monstruo perfecto, ignorado por su propio cáncer.

Los cambios, señalan estos autores, aparecen, a primera vista, como irreversibles. Sin embargo, agregan -y esto es de enorme importancia- son descriptibles. se dejan conocer. La elasticidad del saber, una vez más, no ha sido sobrepujada. Ha sondeado, con perspectiva en Alfa, el gerundio histórico de esos cambios. Y está trazando su cartografía global. Cabe ahora actuar sobre ellos. Y aunque esto no es fácil -pues no existen experiencias pertinentes al respecto- es posible ya perfeccionar estas primeras percepciones y el saber social conjunto capaz de, a futuro, domesticarlos. Pese a quien pese. 3

3 Entre otros: S. Crook, J. Kapulski & M. Waters: Post-Modernization in Advanced Society (London, 1992); A. Giddens: La estructura de las clases en las sociedades avanzadas (London, 1973 y Madrid, 1979); A. Callinicos: The Changing Working Class (London, 1987), y D. Harvey: The Condition of Postmodernity (London, 1990).

‘b’

El segundo tipo de actitud está tipificada, sobre todo, por la producción filosófica de autores como Foucault, Lyotard, Derrida, Baudrillard y otros, amén de la de sus miles de seguidores. Asumiendo los grandes cambios como un sólo bloque histórico, estos pensadores han reaccionado, siempre de cara al público, proponiendo una filosofía brillante - ¡qué duda cabe! -, pero alegórica, puramente hermenéutica y,

en definitiva, estéticamente mitificadora. Pero no mitificadora del sentido constructivo de los cambios, sino del deconstructivo .. La historia -advierten- está en franca dispersión, centrifugada al infinito por un ciclón de bofetadas sin dirección teleológica. El tiempo, violentado, se combe sobre su espinazo, girando inútilmente hacia atrás y sobre sí mismo. La realidad estalla en una pléyade de simulacros, en una hiperrealidad que disuelve las relaciones sociales y los mismos sujetos. El hombre se siente vaciado de identidad, y aherrojado por una vorágine de discursos todopoderosos e inocuos juegos lingüísticos; mientras el Poder, desconcentrado y desencadenado, fluye libremente a través de todos y cada uno de los sujetos, reduciendo todo a vehículo simple y transparencia total. La comunicación y el panoptismo -las supercarreteras del poder- dominan todo, sobre un espacio reducido a nada, y a nadie, etc.. Sin duda, no es necesario ser irrepetuoso para sentir que ésta no es una filosofía del cambio o de la historia, sino un discurso marketero estéticamente impecable, destinado a paralizar el oleaje social y optimizar la soberanía (ahistórica) del Mercado.

‘c’

El tercer tipo de actitud corresponde a aquellos políticos y businessmen que se han montado, tan gallarda como oportunamente, sobre cada embravecida ola de ‘lo nuevo’. Agarrándose a las crines de la ‘modernización permanente’. Impulsados por la energía subyacente a no importa qué cambios. Así, con el rostro y el perfil inflamados de velocidad, no trepidan en ahogar desp iadiadamente ‘lo viejo’ y en desprenderse fríamente de los ‘frenos’. En ellos, el cambio se hace poder, y la novedad, disrupción. Pues, cuando la historia hace hervir de nuevo su sangre jurásica, recobra sus cuernos transgresores: el novedismo desatado, y el poder disruptivo, componentes indisimulables de la cabalgata liberal. Es decir: el autoritarismo y el neocentrismo (infaltables padrinos invitados en el festín de todo dragón o jaguar triunfalista) descuartizadores de lo histórico y lo social. La ‘renovación desatada’ no es, por ello, progresista, sino conservadora y reaccionaria, puesto que, en su ceguera atropelladora, so pretexto de ahogar las tradiciones retrógradas, ahoga también la resistencia que ej ercen contra e lla los valores per m anentes que por ella son opri midos y vejados. Y no se deben confundir aquellas tradiciones con esos valores. Por ello, en el novedismo, la militancia triunfalista no es más que otra manera de estar al margen del tiempo y de la historia; es decir -aunque aparezca paradójal-, ausente del futuro. El oportunismo novedista de políticos y yuppies no es, pues, en este sentido, subversivo, sino represivo. Es otro de los “simulacros” del modelo liberal.

El cuarto tipo de actitud -tal vez mayoritaria- es la de aquellos que, si bien son arrastrados por los cambios, flotan sobre ellos, sostenidos por una insepultable melancolía histórica. Incapaces de nadar contra la corriente, pero al menos capaces de no dejarse devorar por la hiperrealidad. nadadores lentos, sin velocidad disruptora, pero con esa capacidad mínima necesaria para conservar alvéolos de vida propia y producir burbujas de realidad social. Humo propio, quizá, visible desde corta distancia. Volutas valóricas de pulsación cercana. Nada capaz de desafiar nada, pero nada entrejida entre un antes y un después, entre una idea y una acción. Podrán decir: “son simples pirigüines despolitizados, consumidores a pesar de todo, apáticos, anómicos, inermes frente al poder de las Pantallas y el Mercado”. Díganlo, si quieren: son pequeños, pero no tontos. Pues, para empezar, no son androides de realidad virtual. No habitan pantallas ni circulan por redes inalámbricas. Comportan sangre y proyectan vida, y por eso, conservan intactas las células básicas, autónomas, del Saber. Es decir: de su propia auto-educación. Y esto no es poco decir: eso es Poder.

IV.- EL CONFLICTO DE LOS SABERES

O LA HISTORIA DESPUES DE LA HISTORIA o la historia después de la historia.

“Si el derecho del pueblo a de terminar su propio desarrollo es reconocido, entonces el derecho del pueblo a deter m inar s u propia producción de conocim ien tos y s u propio aprendiz aje debe s er tam bién reconocido. La educación debe ser un proceso de desarrollo de poder, y la educación participativa es una forma de lograrlo”

(B. van Leer Foundation: Newsletter, 79).

Cuando los procesos de cambio sobrepasan los parámetros de referencia -anegando las conciencias estatutarias-, sólo el saber puede flectarse tanto como para rodearlos, conocerlos y supervisarlos. Pero no el saber rígido, enrejado entre métodos represivos y aprisionado en aulas multiseculares, ni el saber punta-de-lanza que arrasa por delante de cada modernización, sino ese saber tibio y maleable que late dentro de cada vida. saber sin reglas y alabardero de nadie, pero saber que sabe de todo, puesto que es el ser por sobre todo.

Hoy, cuando los cambios arrecian aventando las centenarias estructuras Del saber, los hombres se reagrupan, como náufragos, sobre los distintos islotes flotantes que dejó tras sí el ventarrón. Pues ya no hay un sólo paradigma cognitivo dominante -como en el apogeo de la modernidad- sino varios en poder de hegemonía. Los cambios no sólo han pulverizado los grandes relatos de desarrollo o liberación, sino también la pretensión monopólica de los orgullosos paradigmas académicos.

Sobre todo, de los que se tornaron rígidos sirviendo al poder. Sin embargo, el saber no es hoja al viento: no se ha evanescido. Sólo ha perdido su unidad. Se ha fragmentado. Y ahora, separados, sus islotes se disputan entre sí el único camino a una nueva hegemonía: el conocimiento y supervisión de los procesos de cambio que provocaron, precisamente, la pulverización del saber. Existir recuperando vida reciclando su propia muerte, como Sísifo, es esa la única sustancia y el único destino del saber.

¿Cuáles son los paradigmas fragmentarios que disputan por ese camino?

a) El paradigma consultorial. Este tipo del saber es esa punta de lanza (históricamente ciega) que el roce tantas veces transgresor de las modernizaciones y de la ‘renovación permanente’ ha convertido en acero diamantado. Es un saber que no busca verdades respecto a grandes preguntas, sino resultados para micro-problemas. Y no lo motivan los misterios de la vida, sino los pragmatismos del mercado. Por ello, no trabaja para la Humanidad o la Juventud, sino para sus Clientes. Y aunque puede estar al servicio de las ‘políticas’ del Estado (dentro del Presupuesto), no está en realidad al servicio del Eestado en tanto no está al servicio de los ‘valores’ de la Sociedad (fuera del Presupuesto). En

tanto ciencia definida por su aplicación más que por su investigación, puede controlar la producción de resultados puntuales óptimos, pero no puede controlar la producción de resultados globales, porque no tiene percepción de globalidad. En este paradigma, la totalidad no es otra cosa que el auto matismo ciego del *laissez faire*. Por ello, para este saber, no tiene sentido ni la acumulación ni la totalización del conocimiento: ni para alimentar un corpus teórico central, ni para amasar un gran bolo cultural educativo; de modo que su historia general no es más que la historia de su permanente destotalización; es decir, de su permanente suicidio capilar inverso. Por todo esto, la ciencia aplicada por la ciencia aplicada es, también, un gran (anti) paradigma, peor que aquél -hoy proscrito- de la teoría por la teoría, pues no tiene real capacidad de reproducción ni en la educación ni en la juventud sino, principalmente, en el productivismo puro de los negocios. En rigor, es sólo un saber mercantil.

b) Originado en las grandes preguntas del Ser e impulsado por las grandes interrogantes de la Sociedad, el paradigma 'académico' creció y se consolidó hasta alcanzar una estatura institucional similar -en muchos sentidos- a las del Estado y del mMercado. Es decir: pudo generar su propia cáscara protectora y autocontenerse, aisladamente, en ella. Allí, preguntas y respuestas perdieron su frescura cotidiana y se profesionalizaron como 'ciencias'. Surgieron eruditos e intelectuales. Universidades, bibliotecas, museos, rectores y jerarquías académicas. Es cierto que el proceso del saber continuó por siglos referido, como al principio, al ser y la sociedad, pero también es cierto que eso ocurrió mientras se desarrollaban nuevas y nuevas cáscaras de enclaustramiento: conceptos de refinamiento esotérico, jergas exclusivas, libros inhallables, verdades de archivo, sabios inaccesibles, metodologías draconianas, saber ortodoxizado, estudiantes sujetos a penalización, grados y post grados nobiliarios, etc.. Era la teoría por y para la teoría. Los claustros académicos se hallaron, así, situados en el mismo conspicuo ayuntamiento que los tabernáculos del poder político y los cenáculos del poder mercantil. O sea, cada vez más divorciados de las desenclaustradas plebes ciudadanas. No es extraño que, por eso, el paradigma académico terminara por fusionar las preguntas totales del ser y la sociedad con las preguntas totalizadoras del Poder Estatal. Y que la 'Universalidad' académica concluyera encasquetándose los mismos perímetros que la 'concentración del poder'. Pero cuando las preguntas del Poder Mercantil comenzaron a imponerse atropelladoramente por doquier -hasta vencer, a nivel mundial, en 1989-, entonces las preguntas por el Ser y la Sociedad se volvieron antieconómicas, y el paradigma académico, totalizado como cualquier otro ítem dentro del presupuesto público, inició su desmoronamiento financiero. es que las consultoras ganaban por todas las partes la licitación de las preguntas mercantiles. La crisis del paradigma académico, por tanto, no se planteó en el terreno de sus preguntas clásicas (habría sido salvaje atentar contra una respetable tradición milenaria), sino en su sobrevida institucional. La andanada post-modernista de los filósofos deconstructores, que no tenía ni tiene aplicación práctica (comercial) sino política (es el actual 'opio' del pueblo estudiantil), no se instaló por tanto en las florecientes consultoras mercantiles sino en las universidades en trámite de quiebra. Es que el Deconstructivismo no ha

sido sino, o el cañonazo póstumo de los ‘grandes relatos’, o las salvas disparadas desde el pasado derrotado en honor y gloria del presente triunfalista; en cualquier caso, por la escala de operación del deconstructivismo (no menos que cósmica) sólo podía tener cabida bajo las góticos campanarios de la vieja Universidad. Y éstas recibieron con no disimulada gratitud esta nueva (e irónica) tabla de flotación. El paradigma académico está, pues, flotando por su propia vida, ayudado por una antiteoría que niega la vida.

c) El paradigma cognitivo estatal. Durante siglos, el Estado ha sido un productor de normas y decisiones, y éstas, de algún modo, se pronuncian y promulgan como ‘saber’. Es el saber ‘prescriptivo’, que se formula como verbo oral o escrito, pero para ser escuchado, aprendido y obedecido como auténtica verdad terrenal. Se está aquí frente a la sustanciación histórico-cognitiva del principio de autoridad. Como tal, es un saber que no está compelido -como el consultorial o el académico- a dar cumplida cuenta de su modo de constitución. Su modo puede permanecer en las sombras, ignorado o secreto, a menos que una demanda judicial inicie una investigación a posteriori o el hazmerreir del público genere alguna duda global. Normalmente, sin embargo, se constituye mediante una revelación divina, o a partir de un sueño nocturno. O en base a cuchicheos de amigos, correligionarios, espías o consejeros. O en base a leyes recogidas en libracos polvorientos, o como humo blanco brotado de lenguas discusiones de ancianos, arcontes o senadores. O como aplicación de apotegmas de un libro favorito. O bajo presión de las masas en la calle. O tomando como base informes técnicos de todo tipo, o demandas de grupos interesados, encarpados en torrecillas por los largos anaqueles de la bóveda presidencial. O, en fin, a través de tortuosos pasadizos de enlace, socavados de ida por la ciencia académica o de vuelta por políticos en apuros, entre las solemnes aulas universitarias y los inquietos salones privados del poder estatal. ¿Quién responde de la exacta rigurosidad del saber prescriptivo? ¿Quien osaría poner cascabeles metodológicos y penalizaciones evaluativas trimestrales al locuaz gato discursivo de la política parlamentaria?. Durante décadas, el paradigma académico y el paradigma cognitivo estatal han coexistido en convivencia pacífica, sin fundirse ni molestarse, mientras -claro está-, el segundo se permitió financiar al primero, y éste se permitió ignorar las inconsistencias epistemológicas, metodológicas, hermenéuticas y aún retóricas del segundo. En el apogeo estructuralista de la modernidad, sin embargo, el segundo se vistió publicamente con los ropajes del primero (apogeo de la ‘estadística’ y de las ‘ciencias sociales’, pero la embestida de las preguntas mercantiles, el colapso de los grandes relatos y el ocaso imperceptible del Estado han cambiado la situación. Hoy, cuando el paradigma mercantil domina en poblado y despoblado, el saber prescriptivo de los políticos ve deteriorarse su médula cognitiva: el principio de autoridad. Así, ni la divinidad, ni las viejas escrituras, ni la ciencia política, ni las ideologías, ni siquiera la Estadística están en condiciones de hacer creíble lo que ha perdido credibilidad (el paradigma estatal no se basa en la veracidad sino en la credibilidad). Inhibido por la prepotencia mercantil, el Estado ha secado el cordón umbilical que mantenía nutrido a su viejo socio académico, y éste, ahora anémico, es incapaz de ayudarlo a superar sus (peligrosas) ‘inhibiciones’. El

paradigma cognitivo estatal, discapacitado por naturaleza como saber, ha debido actuar históricamente con la ayuda de prótesis tomadas de otra parte: o de la religión, o de la genialidad o imbecilidad monárquicas, o del poder pragmático del capital, o de la idiotez insobornable de las armas, o de la ciencia académica, confiando siempre, caso a caso, en la 'credibilidad de la plebe ciudadana. Hoy, cuando el micropositivismo mercantil ha pulverizado todas las credibilidades en todos los alvéolos ¿en qué cayado puede apoyarse este sempiterno cuanto temible cojo?. Por el momento, en el paradigma consultorial; que, como puede comprenderse, no lo salva como paradigma, ya que, más bien, prepara a fiebre lenta su histórica segmentación.

El recuento anterior muestra cuán explicable es el hecho de que los grandes cambios -que hoy recorren como fantasmas no sólo Europa sino todo el planeta- no hayan encontrado parámetros cognitivos suficientemente extensos como para abarcarlos y someterlos a debida detección. Y que, a falta de ellos, sólo los filósofos deconstructivistas -echando mano subrepticia de los prismas proscritos de los 'grandes relatos'- hayan ofrecido un discurso co-extensivo a los cambios de maras. Pues el paradigma consultorial es su misma punta de lanza. Y el académico y el político son sólo los heridos tumbados por la feroz punta del consultorial. Y el deconstructivista, como eco inmóvil del pasado que es, no hace sino contemplar con ojo estético -qué otra alternativa tiene?- la belleza de las ruinas que crecieron a sus pies. Es por ello que -parodiando a Bertold Brecht-, en el centro de la marea de cambios, el hombre común no encuentra barcas ante sí, mientras la marea sigue subiendo. Y es por eso que, sobre el islote de su pie, no le queda más remedio que izar su propio paradigma: el de la plebe ciudadana. El de la gente. El del pueblo mismo. O sea, el del ser, la vida y la sociedad civil. Que, hoy, sin más recurso que sí mismos, deben echarse a "nadar".

d) El paradigma cognitivo de la gente. Políticos, yuppies, generales y tecnócratas son la murga que se precipita a la cabeza del desfile, voceando y apropiándose las 'novedades' y las 'renovaciones' de la época, mientras marchan bajo el palio y los pendones del poder. Los académicos de alcurnia, por su parte, son águilas que guían desde arriba, casi invisibles en la altura. La gente, por el contrario, es el tropel polvoriento del desfile, el cuerpo de densidad lenta que permanece unido, que transporta la sangre y pisa la tierra. más que saber, vive. Y por su vida, sabe. Tiene un saber que no es ni punta de lanza, ni enclaustramiento sostenido, ni precepto que espera (o impone) credibilidad. Es un saber-sensibilidad y un saber-necesidad. Una 'degustación' que acepta o rechaza novedades (de modernización), que escucha o no escucha liturgias de sabiduría (de ciencia), que adhiere o no adhiere a los mandatos (del poder), porque, por sobre todo, es fiel de la balanza del 'vivir'. Si no es un criterio de verdad, es, sin lugar a dudas, una inapelable prueba de vitalidad, para todo. Por ello, aunque hace preguntas -su certeza son las necesidades epocalmente promediadas del vivir-, conoce de antemano las respuestas. Y por lo mismo, es la capacidad 'degustadora' del pobre más que la del hombre rico la que determina ese promedio epocal, dado que está más cerca de las necesidades naturales del hombre real. Pues el

vivir (o 'ser real') de la gente es el contraste permanente entre promedios de necesidad y promedios de satisfacción históricamente vividos y 'degustados' (evaluados). Es un saber que se basa, pues, en una experiencia o memoria histórica y en una evaluación realizada colectivamente. Debe recordarse que el tropel del desfile avanza reunido, más autoreferido de lo que pudiera creerse: conviviendo, conversando, intercambiando experiencias, constituyendo saber a través de una desenclaustrada red de circulación oral y una mutante constelación de representaciones populares. Es por ello que, cuando menos lo espera, la vanguardia murga del desfile descubrirá que sus voces no hallan eco en el tropel de retaguardia, y que éste, peor aún, detiene su marcha por sí y ante sí, para otear -desobedientemente- otras rutas posibles. El saber de la gente, basado en la cotidianeidad y la oralidad, crece, pues, a espaldas -en agazapada invisibilidad trasera- de los palios cognitivos oficiales, pero fuertemente enraizado en la base social, al punto que, en cualquier encrucijada crítica, puede demostrar que tiene mayor poder histórico real sobre las conductas de la gente que los saberes oficiales. Y en materia de poder, esa es una carta que puede, eventualmente, ser decisiva. Es que esta síntesis de vida, necesidad, degustación evaluativa, convivencia, oralidad, saber y conducta derivada de ese saber, es una síntesis creciente de poder, que termina manifestándose rudamente a través de las conductas colectivas simultáneas de la gente. Un circuito cerrado de retro-alimentación vital que, perfectamente, puede auto-potenciarse a niveles mayores. Esta posibilidad es la que, históricamente, ha permitido el surgimiento de los ciclos expansivos de la auto-educación popular o ciudadana. Los actuales cambios y la derivada crisis fragmentaria de los paradigmas cognitivos ha abierto una coyuntura especialmente apropiada para el surgimiento de 'otro' de esos ciclos.

Los grandes cambios han producido un hecho inédito para los últimos mil años: la fragmentación del viejo paradigma único del saber y la creciente potenciación histórica del paradigma cognitivo-conductual del ciudadano raso. La lucha por la hegemonía cognitiva es, en el

fondo, la única lucha por el poder que permanece activa en el ocaso de la vieja modernidad y en el orto triunfal del modelo mercantil de sociedad. Pero es evidente que ni el paradigma consultorial (básicamente micro-focalizador), ni el académico (con sus grandes prismas desenfocados), ni el estatal (seducido hoy por el primero) están en condiciones de abarcar y reducir a análisis los grandes cambios que están en desarrollo: son menores que éstos. Sólo el elástico paradigma de la vida (del pobre y del ciudadano) parece tener la flexibilidad y elongación necesarias para esa tarea. Pero, para alcanzar ese record, necesita fortalecerse a sí mismo. Auto-educarse.es relatos'- hayan ofrecido un discurso co-extensivo a los cambios de marras. Pues el paradigma consulorial es su misma punta de lanza. Y el académico y el político.

V.- ESTADO, MERCADO Y SOCIEDAD CIVIL: O EL CERCO MOVIL DEL ESPACIO PUBLICO

“Lo privado, constituído por esas pequeñas rutinas de la vida diaria signadas por la dinámica afectiva, es precisamente el espacio donde, entre telones, se produce lo público”
(L.C. restrepo)

Se sabe bien en qué se sustenta la auto-educación popular (y ciudadana): en la elasticidad de la vida, en la identidad subjetiva e intersubjetiva que sobreviven a toda represión, en la insobornable experiencia degustadora, en la oralidad circulatoria del saber, en las acciones convergidas espontáneamente, etc.. A propósito de todo eso, han surgido y surgen con facilidad instancias y reagrupaciones (espacios y talleres) de reflexión, intercambio, sistematización, orientación, etc., que, a la larga, han compuesto las tres cuartas partes, por lo menos, de los movimientos auto-educativos. Que, por esto, con una fuerte legitimidad, han girado regularmente cerca, y muy cerca, de sus fundamentos básicos.

Lo que no se sabe bien es, sin embargo, hacia donde puede desarrollarse ese proceso más allá del perímetro inmediato de sus legítimos fundamentos y cómo instalarlo consistentemente en el ‘espacio público’. Porque es preciso salir, e ir más allá de los (justos) sentimientos de legitimidad que, con cariño, rodean la herida de las necesidades compartidas. Es preciso montar sistemas de acción que aseguren la satisfacción de esas necesidades y la sana extinción de tales sentimientos. Pero cualquier montaje efectivo de sistemas de acción debe ser realizado en el ‘espacio público’, pues éste ha devenido en el único espacio de consolidación para cualquier tipo de legitimidad: de autoridad, de subversión, o de simple alteridad. Y esto debe ser así, aunque las necesidades, los sentimientos y la acción (o sea, la legitimidad) provengan genealógicamente del espacio privado o comunitario. El problema es que el ‘espacio público’ ha sido un espacio inestable, traslatorio, elusivo, ancho y ajeno, abierto e inaccesible. Incluso, ha sido un espacio tornasol, de identidad cambiante según quien lo mire: para las murgas de vanguardias, por ejemplo, es el espacio por donde deben marchar los tropeles de retaguardia, o en disciplinado orden normativo, si de Estado se trata; o en cambiantes ordenaciones automáticas, si de lo que se trata es el Mercado. Para los tropeles de retaguardia, en cambio, el ‘espacio público’ ha sido habitualmente un espacio ocupado, o por las normas del Estado, o por los ajustes del Mercado; como sí, por definición, fuere para ellos ajeno, un espacio vedado. Como sí, para esos tropeles, el único espacio legítimo no fuera el público sino el privado, social, comunitario o marginal (de pobreza); el que por añadidura y fama, como las arenas movedizas, no admite construcciones estables. Pues el espacio privado o social -donde brotan las legitimidades-, tanto para los hombres de leyes como para los dirigentes públicos, no es más que un eriazó fronterizo, una suerte de franja ahistórica, donde nada tiene real valor y trascendencia ‘pública’.

Todo lo de allí, por sí mismo, es anónimo.

Es evidente, sin embargo, que el espacio público ha ganado prominencia y hegemonía porque es el campo de disputa de las privacidades y legitimidades que buscan consolidación. De hecho, se origina en la tendencia de éstas a rebasar el perímetro inmediato de sus fundamentos y se constituye en la tensión generada por la diversidad de los mismos. Pero no es sólo el 'mercado' de las legitimidades: también es la 'lid' donde se disputan las hegemonías. No es extraño, dado este carácter, que los políticos hayan construido las ilusiones auto-referenciales de la política escamoteando e hipostasiando este espacio, y que los agentes del mercado hayan construido sus ilusiones automatistas perpetrando la misma operación epistemológica. En todo caso, es claro que, así como el espacio público es el campo donde desembocan entrechocadamente las legitimidades privadas, así éstas no pueden definirse de otro modo lógico que como los canales o avenidas de descompresión histórica del espacio social privado; es decir, como la dirección de desarrollo natural de los eriazos anónimos donde habita la 'plebe' ciudadana.

El problema, como es fácil constatar, radica en que esas avenidas han sido bloqueadas por la sobresaturación política y mercantil del espacio público; tanto, como para producir la seudo-privatización legal de ese espacio y devolver, una vez y otra, las legitimidades sociales al ostracismo de sus fundamentos. Como para crear allí, en definitiva, una frontera excretal, un reflejo condicionado de inhibición histórica para pobres y ciudadanos rasos, Y como para que la auto-educación popular permanezca rumiando, una y otra vez, obsesiva e inconclusamente, sus sempiternos fundamentos originarios, sin incursionar activamente allende la frontera excretal.

Por todo ello, en Chile, el pobre, la gente, el ciudadano, han sido reiteradamente compulsados a inhibirse ante el espacio público. Pero la cuestión es que, con los recientes grandes cambios, se ha tornado necesario y conveniente, cada vez más, sobrepasar esa inhibición. El problema es cómo. En qué coyuntura o circunstancia.

Es preciso, en primer lugar, examinar el comportamiento histórico del espacio público, no su deber ser filosófico. Y la historia enseña, a este respecto, un hecho de gran relevancia: el espacio público no está consolidado sobre sí mismo; pues, más bien, es un campo de disputa. En sí mismo, es tierra de nadie, sin fronteras, apenas cartografiable por un cerco corredizo y portátil, llevado de aquí para allá por las fuerzas en disputa. Naturalmente, es posible, a propósito de él, elaborar docenas de definiciones jurídicas, teóricas, políticas o filosóficas, pero, en los hechos mismos, es y ha sido un campo tensional inestructurado, sujeto al vaivén de los combates históricos de dirección diversa que allí tienen lugar. ¿Es posible, si no inventariar sus coordenadas fijas, al menos cartografiar la traslación típica de sus cercos móviles?

El recuento histórico enseña que, predominantemente, el cerco móvil ha sido corrido por el Estado en desmedro del terreno controlado por el

Mercado, o ha sido desplazado por éste reduciendo el espacio controlado por aquél. Sólo de modo ocasional, por reventón (o razzia) puntual más bien que por sostenida estrategia global, la masa ciudadana -deportada perpetuamente al espacio privado- ha removido por sí misma ese cerco; razón por la que no puede ser seriamente considerada como factor relevante en un recuento tipificador. Lo habitual ha sido una confrontación pendular entre el poder regulador del Estado y el poder desregulador del Mercado.

Se observa, en efecto, que todas las formas de autocratismo (liberal o populista) y de burocratismo (social-democracia, socialismo real o nacional-populismo) han involucrado una fuerte centralización normativizante del poder ordenador y modernizador; el que, hiperactivado ha inundado el espacio público con una verdadera avalancha de decretos, leyes y reglamentos. Con ello, tanto las conductas liberales del Mercado como las avenidas históricas de la legitimidad han sido bloqueadas, recortadas y subyugadas a múltiples paquetes normativo-penalizadores. La hipertrofia y hegemonía de las normas políticas ha estado acompañada regularmente por la sofocación, desconocimiento y subordinación de las 'leyes del Mercado' y por una notoria atrofia de los movimientos autónomos de la ciudadanía.

A la inversa, se observa también que todas las formas de mercantilismo liberal (democrático o no) han significado un notorio repliegue del Estado a posiciones mínimas (mera supervisión policial de las leyes del Mercado) y un recorte sustancial de su otrora extensa capa de tejidos normativos (desregulación). En estos casos, la presión directa de las normas escritas sobre cada conducta y cada iniciativa han disminuído, pero han aumentado en cambio las presiones indirectas y no escritas del Mercado.

¿Qué diferencias significativas existen, para la masa ciudadana, entre uno y otro tipo de hegemonía sobre el espacio público? A primera vista, puede decirse que, en ambos casos, se dan presiones significativas sobre la masa ciudadana, pero que, mientras la presión 'política' indica taxativa y coactivamente lo que se debe hacer, la presión 'mercantil', aunque coactiva, no es taxativa, y deja al sujeto un margen de libre decisión, y, por tanto, de libre reflexión. Es decir, la desregulación liberal instala, en los sujetos, una necesidad extra de ponderar e informar más específicamente su (¿libre?) capacidad decisoria. En otras palabras, acrecienta su responsabilidad aumentando sus riesgos, y esto exige de su parte una mayor introspección y una mayor preparación de sus decisiones.

Puede colegirse de lo anterior que, en un ciclo de hegemonía liberal, los sujetos, la masa ciudadana y la sociedad civil se hallan en una posición histórica tal, que son inducidos a plantearse la auto-educación de su capacidad autónoma de acción, estimulados por el hecho de que las avenidas hacia el espacio público aparecen, en este caso, menos rigurosamente vigiladas y, por tanto, más roturables para un avance pionero de los grupos privados. Como sí, ante ellos, aparecieran huellas pre-históricas, visibles por la mayor transparencia liberal, que -no sin trabajo- podrían caminarsen de nuevo. Reabriendo para los pobres, los ciudadanos y la sociedad civil no sólo un acceso propio al escurridizo

espacio público, sino también la posibilidad de convertirse en el tercer poder capaz de trasladar, en una dirección conveniente (social), el estratégico cerco móvil de ese espacio.

¿Cómo es posible, desde una legitimidad ‘social’ (no política ni mercantil), instalarse en el espacio público con conceptos y poderes fácticos capaces no sólo de competir sino también de forzar la relocalización, en ese espacio, de los poderes del Estado y del mercado, que tradicionalmente lo han monopolizado? ¿Cómo se traza la avenida desde lo privado y comunitario hasta lo público?. ¿Cómo la auto-educación popular y ciudadana prepara y capacita para este tránsito?. ¿Cómo se construye el ‘tercer poder’ de manipulación sobre el cerco móvil?

Cuando el Estado, por la fuerza del oleaje político, extiende su marco normativo por sobre las áreas de intercambio mercantil y de vida comunitaria, sofocándolas, entonces la modernización se identifica con valores globales como la legalidad, la representatividad, la planificación, el nacionalismo y la gobernabilidad. Políticos, dirigentes y burócratas se esfuerzan entonces por sostener la coherencia de un discurso totalizador y mantener el (difícil) macro-equilibrio real de todos esos valores. Pero a la inversa, cuando, por la fuerza del oleaje mercantil, el estado se repliega sobre sí mismo (modelo neoliberal), la modernización no llega a identificarse necesaria y simultáneamente con esos valores globales: la legalidad se encoge a mínimos indispensables, la representatividad tiende a ser devaluada, la planificación central se abandona, el nacionalismo es subrepticamente sustituido por el internacionalismo, y la gobernabilidad desde un centro es reemplazada por la gobernabilidad descentralizada. Es evidente que, tras la retirada del Estado, queda un terreno despejado para la libre expansión de la (libre) competencia entre las decisiones privadas del Mercado y la Sociedad Civil. ¿Son similares ambos tipos de decisión privada?.

En un sentido sí: ambas se expanden desreguladamente cuando se repliega el Estado. Pero en otro sentido, no, porque la expansión de las decisiones privadas del Mercado han producido, históricamente, un aumento de la presión económica sobre la mayoría de los sujetos de la Sociedad Civil (aumenta la pobreza y la inseguridad), por ejemplo) y un ensanchamiento de las brechas sociales, todo lo cual ha terminado por reavivar los sentimientos fundantes de nuevas legitimidades críticas. Se observa, por tanto, que ambos tipos de decisión, durante el repliegue (o la “transición”) del Estado, camuflan su contradicción porque, en su

expansión simultánea, una va como superpuesta sobre la otra; pero no bien el proceso económico liberal ha avanzado por sí mismo en terreno libre, la contradicción reaflore, y las trayectorias de esas decisiones se bifurcan. De modo que su instalación en el espacio civil es, en definitiva, históricamente distinta. En todo caso, es el poder mercantil el que llega primero a correr el cerco móvil y el que impone primero sus ‘ordenaciones automáticas’. Este es un hecho que habitualmente torna más difícil para la masa popular y ciudadana visualizar, entre los restos de la regulación estatal y las ubicuas ordenaciones mercantiles, la

identidad y lógica de su propia instalación. Y esto forma parte de sus diferencias y de su tensión.

Con todo, la hegemonía mercantil ha solido ejercerse sosteniéndose más en la clara explicitación de sus oposiciones (o negaciones) que en la de sus afirmaciones. Es un juego sin alma, que apuesta todas sus cartas a la debilidad del adversario pero ninguna a las fortalezas del juego propio. En esto radica, como veremos, tanto su fuerza como su mayor debilidad. Así, por ejemplo, se observa que el poder mercantil sostiene siempre, aun después del repliegue estatal, un discurso anti-estadista, pero, al mismo tiempo, no promueve el fortalecimiento de la sociedad civil. Actúa como un vigilante crítico de los errores y la eventual corrupción de los elencos político-representativos, pero no promueve la validación de las legitimidades sociales ni la efectiva participación ciudadana en las decisiones públicas. Exige la descentralización del Estado, pero no apoya la democratización eficiente de los gobiernos locales. demanda capacitación técnica para todos, pero no promueve la formación cívica de la ciudadanía. En suma, ayuda a despejar apropiadamente el terreno para la instalación de un fuerte espacio público, pero no fortalece el poder ciudadano que lo sustente. En rigor, en el modelo mercantil, el problema del orden público, la gobernabilidad, el desarrollo y la democratización quedan sujetos, tácita pero exclusivamente, a las decisiones privadas atingentes a la inversión del capital, las que -se supone-, por transmisión automática, deberían producir un efecto combinado óptimo para la realización de todos esos valores; pero, como se sabe, si por error u omisión no se alcanza ese efecto, la combinación se salvaría, también, por otra apuesta negativa: la intervención represiva del aparato policial (o militar), no por la intervención soberana de la sociedad civil.

Se puede ver que el poder mercantil, si bien se declara contrario a la hegemonía estatal, no por ello actúa como aliado de la sociedad civil.

Sin embargo, su tipo de expansión histórica crea condiciones y abre caminos óptimos para la revitalización de la sociedad civil. Es decir, para el fortalecimiento de su propia contradicción. Y no es raro ver cómo, en ciclos avanzados del sistema mercantil, y estando replegado el poder estatal, las masas populares y ciudadanas tienden a avanzar siguiendo exactamente el ramal tácito y atrofiado del discurso liberal. A saber: promoverán el fortalecimiento de la sociedad civil, la participación ciudadana, la democratización de los gobiernos locales, la formación cívica de la ciudadanía, etc.; convergiendo hacia el desarrollo neto de un poder ciudadano. Esta manera social de acceder al espacio público conduce a imponer un modelo distinto -sociocrático- de gobernabilidad. Tan distinto que amerita una mayor precisión conceptual.

La gobernabilidad, desde el punto de vista del Estado, como se sabe, se funda en la representatividad y en la validación de las normas escritas. Por otro lado, desde el punto de vista del Mercado, la gobernabilidad sigue descansando, en términos formales, en el Estado, pero, en sustancia, lo hace sobre un tipo específico de decisión privada (la inversión eficiente del capital). En cambio, la gobernabilidad lograda por la acción ciudadana (Sociedad Civil), aunque no desconoce ni la existencia del

Estado ni la del mercado, no se sustenta en la representatividad, sino en la legitimidad; no en la validez de la norma escrita, sino en el ejercicio (privado, pero participativo) de la soberanía ciudadana, y no en la libre decisión privada referente a la inversión del capital, sino en la orientación social de la misma. En rigor, se trata de un tipo de gobernabilidad democrática distinta a las tradicionales (de Estado y de Mercado); tanto que es preciso concederle un nombre y un concepto que puedan recoger esa diferencia. Por esto, algunos investigadores, apreciando esa necesidad, no se refieren a ella como “gobernabilidad”, sino como “gobernanza”. 1

La ‘gobernanza’ es, pues, el modo ciudadano y popular de acceder y ordenar legítimamente el espacio público; el que, sin embargo, deja subsistiendo, como alta cúpula, la carcasa formal (replegada) del Estado y entretejida en la sociedad civil, las ordenaciones automáticas (controladas) del Mercado. La “gobernanza” no es, por tanto, una ocupación unilateral, monopólica y excluyente del espacio público, sino una efectiva constitución del mismo. Presupone, pues, la constitución

de una institucionalidad intermedia, que, dentro de una cierta paridad incorporativa del Estado, el Mercado y la Sociedad Civil, otorga a esta última el poder de supervisión y orientación global del conjunto. Es decir, establece la primacía estructural e histórica del paradigma cognitivo de la gente y del ciudadano.

La “gobernanza”, sin duda, requiere fortalecer aquellas instituciones que permitan estructuralmente maximizar la participación ciudadana, y aquel tipo de educación que permita potenciar las capacidades decisorias y administrativas de todos, en especial, del bajo pueblo. Se trata, por un lado, de fortalecer los gobiernos locales en un triple sentido: para sustituir con ventaja al gobierno central, para permitir un efectivo ejercicio del poder ciudadano, y para imponer al gran capital la lógica y valores sociales de las grandes mayorías. Esto obliga a desencadenar cambios significativos en el interior mismo de los ‘grandes procesos de cambio’ (que hoy han perdido su significabilidad social), pues es preciso transformar la escala y sentido de la política, las proyecciones históricas de la comunidad local, y el impacto social y cultural del expansionismo mercantil.

Por otro lado, se trata de re proyectar las instancias de auto-educación popular exactamente en el sentido de capacitar a los ciudadanos para que provoquen, por su propia decisión y su propia acción, cambios significativos dentro de los cambios sin significación que hoy los afectan. Lo cual, sin duda, requiere ir más allá de los fundamentos giratorios que avalan sus sentimientos de legitimidad, ya que lo que se necesita es roturar el camino que lleva a consolidar un verdadero espacio público, en los términos que indica el concepto (nuevo) de “gobernanza”.

VI.- PARA UNA EDUCACION PARTICIPATIVA Y HACIA EL PODER CIUDADANO.

“... El poder surge entre los hombres cuando actúan juntos y desaparece en el momento en que se dispersan... Sólo donde los hombres viven tan unidos que las potencialidades de la acción están siempre presentes, el poder puede permanecer con ellos, y la fundación de ciudades, que como las ciudades-estado sigue siendo modelo para toda organización política occidental, es por lo tanto el más importante prerequisite material del poder”...

Hannah Arendt

El objetivo principal de la auto-educación popular y ciudadana es crear y desarrollar poder popular y ciudadano.

El poder radica en la capacidad asociativa que es inherente a los sujetos; pues, una de las capacidades históricamente demostradas de la condición de ‘ser sujeto’ es su tendencia irreductible, sobre todo en momentos de crisis y sojuzgamiento, a “estar junto con otros”. Es en la reagrupación de emergencia, en el emparejamiento, en la amistad, en la camaradería o en el amor donde, tras una derrota, los sujetos (definitivamente ‘sociales’) reponen sus fuerzas, se ponen de pie, resisten y contra-atacan. El poder está, pues, en la llanura donde los sujetos, siempre unos-entre-muchos, lateralmente, reconstituyen, en hormigueo perpetuo e invencible, su calidad de sujetos; su propia existencia social. El poder humano, en tanto que humano, circula de uno en otro, adherido a la horizontal baja de la existencia y la solidaridad. Vehiculizado por gestos breves, miradas intensas, verbalizaciones fragmentarias, discursos incompletos, estrechones de manos; mitad visible, mitad invisible; mitad racional, mitad emocional; mitad audible y mitad silencioso. Mitad intangible. Mitad acariciante. La derrota puede derribar a un sujeto, o a dos, o a veinte o a cien, pero, más temprano que tarde, el movimiento circular de la llanura, que nunca es derribado, llega hasta ellos, o ellos se arrastran hasta él. Fundiéndose, entrelazados. Fortaleciéndose, con ese encuentro, todos.

¿Puede haber un poder externo, entronizado lejos, por encima de la llanura social?. ¿Puede haber un poder sin pies ni manos ni ojos ni labios sociales, sólo como una gran cabezota suspendida, sin origen ni compañía; o un viento fantasma, metafísico, infinito e infinitesimal a la vez que, sin sentimiento alguno de solidaridad humana, recorre el mundo armando y desarmando sujetos al azar, o despanzurrando a su antojo las llanuras?. ¿Pueden haber segmentos u órbitas de poder social que, por algún proceso centrífugo histórica y no metafísicamente detectable, se desprenda, se ‘objetiven’ y reboten destructivamente sobre la llanura de donde provinieron?. Es evidente: para todo aquél que viva con un sentido concreto de la realidad, no hay poderes humanos que no provengan de la

llanura social (si hacemos abstracción, por supuesto, de los poderes inherentes a la naturaleza y, eventualmente, a la divinidad).

Sólo para una mente afiebrada por hermenéuticas encabritadas pueden ser reales los ‘poderes en sí’, desprendidos desde siempre de la matriz social, o la supuesta hiper-realidad de los “simulacros” (repletos de vacío) diseminados por la dipsomanía discursiva (para combatir los cuales no haría falta constituir un movimiento de sujetos en resistencia local, sino contratar algún cinematográfico grupo de caza-fantasmas, o alguna oficina consultora “for hire”) de algunos filósofos de moda en el mercado volátil de ‘la imagen’.

Crear poder ciudadano, por tanto, no es alucinarse como un mero ‘simulacro’ frente al ‘poder’ sin apellidos, sino desarrollar los vasos sanguíneos de la única matriz donde se origina el poder: la asociatividad entre sujetos. Y esto significa tomar posesión del ‘espacio público’; es decir, de la siempre palpitante llanura social. Pues es desde aquí, y sólo desde aquí, que es posible desconectar las excentricidades desorbitadas de la ‘gobernabilidad’ estatista o mercantil, y recuperar la hegemonía y gravitación central de la ‘gobernanza’ social.

Es por todo lo anterior que la auto-educación popular y ciudadana debe:

1) Reconocer, investigar, valorar y desarrollar todas las formas sociales de ‘estar juntos’. Desde el hallazgo del ‘otro’ después de la frustración y la soledad, hasta el ‘actuar juntos’, pasando por la ancha doble vía oral del ‘hablar juntos’. La historia social muestra con sencillez la gran cantidad de variedad de parejas, grupos, redes, asociaciones, corporaciones que habitan, entretejiéndose al infinito unas con otras, todos los pisos y entretechos del espacio privado, vecinal, comunitario, local y regional. Incluso el piso alto, donde se

recluye, celoso, el espacio estatal y mercantil. Es dentro de esta densa telaraña horizontal donde se reproduce la existencia, se consume la vida, se degusta evaluativamente la sociedad, circula oralmente sin cesar la experiencia colectiva y se constituye, como base de su poder, el paradigma cognitivo y accional de la masa ciudadana. El desencadenamiento opresivo o represivo del poder estatal, y el latigazo erosivo del poder mercantil, pueden bajar como una feroz cabalgata de walkirias y destruir cuanta ‘organización’ social o política subversiva encuentren a su paso, pero no han podido ni podrán destruir nunca las redes horizontales donde los ciudadanos se recogen a ‘estar juntos’. Si bajan hasta ellas para destruirlas, y lo hacen, aquellas se reproducen hacia el lado y se multiplican (el tejido que destruye la tortura es siempre menor que el tejido que, a propósito de éso, construye la solidaridad); pues la intervención de cuerpos extraños actúa como un germen que multiplica su propia fecundidad. Por éso, tanto el Estado como el Mercado, ignoran las redes sociales, las desconceptualizan, las definen por negación, y en el fondo, las temen. Pues el Estado y el Mercado, por igual, tienen miedo a la sociedad real. Pues no controlan su micro-asociatividad, ni pueden sojuzgar el poder circulante que allí, en espiral, crece, y que a partir de allí, por sorpresa, emerge, se hace visible. Y actúa. El Estado, por tanto, trata de embutir las redes sociales en la

camisa de fuerza de 'organizaciones' con personería jurídica funcional, a objeto de tijeretear la telaraña, inmovilizarlas, y hacer rodar sus segmentos al tonel sin fondo de la 'soberanía individuada'. El Mercado, por su parte, intenta congelar la giratoria red social pulverizándola en una expansiva galaxia de consumidores y productores individuales desocializados. Por ello, ambos, de consuno, procuran mantener y reproducir su poder desorbitado desintegrando el carácter social y comunal de la soberanía; es decir: desintegrando las condiciones históricas de la ciudadanía y los movimientos sociales. La auto-educación popular y ciudadana debe, pues, valorar el sentido total de su constitución comunitaria, recuperar el sentido horizontal de la soberanía y, sobre todo, unir la legitimidad con el poder.

2) Valorar y desarrollar el saber social que crece con la experiencia de todos y circula por las redes orales y gestuales del 'estar juntos'. Un saber que, a su modo, configura un paradigma cognitivo, acaso no académico pero de rango histórico mayor; que no es técnicamente discursivo, pero que está configurado por la convergencia e intersección de las acciones e interacciones de la vida cotidiana, por la series fragmentadas pero pletóricas de sentido del 'habla' y la gestualidad populares, y por los procesos concretos mismos de la realidad. Este

paradigma es el único que establece contigüidad orgánica entre subjetividad, motividad y acción. Entre interioridad y exterioridad. Y entre el origen 'privado' de la legitimidad y la instalación 'pública' de su proyección. Con todo, es un saber que necesita ser desarrollado. Primero, porque tiende a retrasarse como saber privado, latente, inercial, demasiado adherido a la memoria y demasiado proyectado a la oralidad horizontal del "mundo de la vida". Segundo, porque, por eso mismo, deja demasiado campo libre para que los paradigmas escriturales del Estado y del Mercado impongan sus constructos discursivos en el espacio público, relegando el saber social a una crónica posición de marginalidad y ahistoricidad. Y por último -y no lo menos importante-, porque sólo potenciando este saber es posible liberar la legítima matriz (social) del 'poder' y construir el legítimo 'espacio público'. No se trata por tanto de aplicar, sin más, el saber social, sino de potenciarlo y actualizarlo, lo que significa despejar sus fuentes productivas, perfilar sus representaciones, adecuar las metodologías que permitan convertirlo en acción y proyectarlo como espacio público. Ahora bien, es claro que su potenciación sólo es posible realizarla manteniendo siempre, a todo nivel, su carácter horizontal, circulante y colectivo. Pues se trata de un saber-espacio, de un saber-movimiento, diverso, cambiante y creciente, y no de un saber puntual, unilineal, individuado y discursivo, de conciencia pura, razón pura, o sólo empiria. El desarrollo del saber social no puede consistir en la exorbitación del saber en sí o en la segmentación de las redes de las que brota, sino al contrario: consiste, precisamente, en reforzar el 'estar juntos'. Porque el saber es función del poder y éste expresión de la insobornable socialidad de los sujetos.

3) Inducir las redes micro-asociativas a que actúen públicamente su identidad. Que no entiendan la identidad como 'refugio', sino como

‘poder’. No como un exilio definitivo, sino como plataforma de reorganización. Como transición, que avanza desembarcando oleajes sociales en las playas del espacio público. Las ‘parejas’, por ejemplo, o los ‘grupos de esquina’, o los ‘clubes de barrio’ languidecen hoy, porque cargan el peso estereotipado de rótulos derogativos como “privacidad doméstica”, “privacidad sospechosa” y “privacidad irrelevante”, respectivamente. Como si sólo fueran magros simulacros (históricamente insulsos) , cuya máxima utilidad no es para sí sino para el sistema que procura mantener las masas mayoritarias de la sociedad civil alejadas y distraídas. Y sin embargo, las parejas, los grupos y los clubes son espacios -entre otros- donde los pobres y los ciudadanos en

general acostumbran a ‘estar juntos’; donde la palabra es tanto como, o menos que, la acción; donde subyacen en estado latente y larvario, casi drogados, el espacio público y el poder ciudadano. No se trata, pues, de rememorar o resucitar míticas organizaciones muertas, sino de vitalizar y reforzar asociaciones vivas, donde, larvado, está el saber y el poder de lo social. Las ‘organizaciones’ que se fundan expresamente para consumir la conquista del espacio público no pueden crearse de la nada o derivadas de un concepto abstracto (puramente político o puramente filosófico) del espacio público, sino a partir del libre desenvolvimiento de las redes micro-asociativas del ‘estar juntos’, que no son abstractas sino reales. Crear organizaciones instrumentales *ex nihilo et post nihilum* es potenciar simulacros de pueblo, pero no el pueblo mismo. La auto-educación popular debe, en consecuencia, inducir las redes adormecidas por su privacidad y marginalidad a extravestirse y salir al espacio público, a actuar con sentido de legitimidad y poder, y a transformar la realidad en su entorno inmediato. Sólo así podrán correr por sus propias fuerzas los cercos móviles que las mantienen acorraladas.

4) Debe asumir, desde la partida, categóricamente, que la auto-educación popular y ciudadana tiene una definida orientación ‘política’ (no en el sentido contingente, sino en el sentido trascendente de ‘hacer historia’). Que no es, ni una actividad marginal, ni distractiva, ni inocua. Ni ingenua. Que, de consiguiente, su movimiento implica adelantar un frente tensional -no necesariamente antagónico- con respecto al centralismo estatista y al descentralismo mercantil, en plena coincidencia con la efectiva potenciación de la sociedad civil. Que su estrategia de acción conlleva un proyecto histórico de cambio estructural. No hay que llamarse a engaño a este respecto. A fines del Siglo XX la situación global es suficientemente rotunda en señalar que los modelos estatistas y los mercantilistas no sólo no han resuelto los problemas materiales y post-materiales de la sociedad (desocupación, pobreza, desocialización, no participación, explotación, ausencia de futuro, etc.) sino que, incluso, los han diversificado e incrementado. Ante lo cual la ciudadanía (el sujeto social) no puede permanecer pasiva, atada a legitimidades introvertidas, identidades exangües, o hiper-reales filosofemas de mercado. No se trata -es cierto- de reeditar las catastrofistas odiseas revolucionarias del siglo XX ni los teleológicos grandes relatos de liberación que las acompañaron, sino, más modestamente, de asumir la

dignidad histórica de los sujetos mismos. El poder larvado en la auténtica socialidad. El espacio mismo

del existir social. Y esto no significa retorcer la cerviz para ir desde las sombras a la luz (como en la Caverna de Platón), sino, más directamente, de ‘encender las sombras’. De desenvolver lo que se es. De lo contrario la fuerza corrosiva de los mercados en complicidad con la retórica deconstructiva de la filosofía que los acompaña, terminará perpetrando la definitiva deconstrucción del ciudadano. O de todos los sujetos. Y ésto no debemos permitirlo: implica la demolición de la dignidad histórica de la humanidad.

5) La autoeducación popular y ciudadana debe incentivar un eficiente aprovechamiento de las coyunturas mercantiles. Como se dijo más arriba, la hegemonía mercantil y el receso del estatismo están difundiendo una estratégica provocación histórica para el desaletargamiento ciudadano. para ocupar las avenidas que desembocan en el control del espacio público. Para percutir movimientos sociales de nuevo tipo, no unidos -como antes- o rígidas identidades estructurales (de clase o de organización), sino por palpitantes redes micro-asociativas, enredadas a lo ancho y a lo alto, y cercando, como acosante horizonte múltiple, no sólo los mil pies del Mercado, sino, también, el ojo único y panóptico del Estado. Pues sólo esas redes tienen densidad vital. Sólo ellas pueden llenar espacios *desde dentro*. Sólo ellas son fuente de poder. Y sólo ellas pueden llenarlo todo de conos reversos, manejados desde abajo como repúblicas verdaderas. Tal como los auténticos movimientos sociales (no los constructos teóricos que se encasquetan su nombre) lo han intentado hacer siempre, tanto ayer, como hoy: llenando todo de ágoras, foros y plazas públicas, desde el espacio social privado (reducto inexpugnable del poder social) hasta el espacio público-estatal (reducto impugnable del poder político y mercantil).³

Es urgente y necesario, por lo tanto, no sólo describir y denunciar el daño social acumulado por las contradicciones del modelo mercantil (pobreza, subempleo, inseguridad, destrucción ecológica, etc.) sino también *investigar los flancos débiles de su estrategia de poder*. Es decir, el modo como tiende a ocupar (usurpar) el espacio público. Pues aquí radica su talón político de Aquiles. Como se sabe, el modelo mercantil neoliberal promueve, como línea de acción estratégica, la ‘descentralización’ del Estado y la Sociedad (asumiendo que es la condición *sine qua non* de la globalización) razón por la que tiende a

revalorizar y reactivar los espacios locales y a proponer -en el papel- la instauración de consejos locales de ciudadanos. Al proponer eso, desciende al bajo nivel horizontal donde hormigean las redes sociales, premunidos de un discurso que no habla tanto de ‘individuación’ -como lo hace a cambio su discurso consumista- sino de ‘espacialización’. Con esto no puede sino agitar la superficie y el fondo de las epistemologías ciudadanas, ofertando a voces diversos ‘simulacros’ de poder local. Para

3 Ver J.Friedman & M.Salguero: “The Barrio Economy and Collective Self-Empowerment in latin America”, *Comparative Urban and Community Research*, 1988.

el modelo mercantil, la descentralización es una política hiper-realista de desperdigados simulacros de poder local; para la base ciudadana, eventualmente, implica la recepción gratuita de una serie de nichos de poder (vacíos) que el Mercado (inconsecuente) no ocupa, pero que la ciudadanía, si se lo propone, podría llenar. Es por ello que el avance ciudadano puede practicarse, en primera etapa, internándose por la avenida salpicada por esos mismos nichos, ocupando lo no ocupado; sustanciando la diferencia (mentirosa) entre el discurso y la realidad del descentralismo mercantil. Instalándose en las debilidades de esa estrategia. Todo lo cual, sin embargo, no debe realizarse tomando a la letra la topografía fantasmal de los nichos, sino desplegando en ellos la configuración vital de las redes sociales propias de la ciudadanía. Pues la asociatividad 'legal' cosificada en esos nichos no asegura la reproducción genuina de los colectivos básicos, ni el saber ni el poder básicos de la sociedad civil. Sólo la permanente potenciación de éstos últimos puede asegurar esa reproducción, a la vez que permitir la transfiguración y adecuación de los nichos vacíos (por ejemplo, de los CESCOS) a los intereses y proyectos del ciudadano real. Sin embargo, la ocupación de los simulacros diseminados por el descentralismo mercantil es sólo un comienzo. Un inicio táctico. Una cuña penetrante y desquiciadora. Pero esto necesita completarse con la ejecución de un proyecto mayor: la penetración y extensión soberanas del espacio vecinal, comunal y regional al interior de las fisuras y grietas obtenidas de ese modo. La 'táctica o cuña de los nichos' debe ser proseguida, sin interrupción ni detención por la gran 'estrategia de ampliación de los espacios sociales'. De lo contrario, la hiper-realidad de los simulacros mercantiles pueden recobrar sus fuerzas alucinadoras.

VII.- DE LAS METODOLOGIAS CIUDADANAS

Hay una vieja certeza en la memoria histórica de los pueblos, que reza: ‘los sistemas sociales dominantes no se reforman a sí mismos’, y con mayor razón: “no pasarán sus cadáveres frente a tu puerta”.

Se deduce de la misma certeza que el cambio de los sistemas debe ser forzada desde fuera de ellos mismos. Pero ¿qué o quién define lo que está fuera o dentro de un sistema social?. Los políticos profesionales, los militares y los intelectuales oficialistas se apresuran a decir que no hay dentro-fuera porque todos, por Mercado o por Estado, están dentro. Que basta calzar una zapatilla o vestir un blue-jean para estar ‘integrado’ o para ser ‘conformista’. Pero todo aquel que sea o haya sido “bajo pueblo” sabe por experiencia que, *dentro* del sistema, hay fronteras. Lindes discriminatorios. Espacios-dentro y espacios-fuera. Como es el caso, por ejemplo, del que impide que los pobres y ciudadanos rasos participen en las decisiones tomadas en el espacio público; o el que separa lo político de lo social, o lo público de lo privado, y sin hablar de la distancia que separa a los ricos de los pobres. Se sabe, también por experiencia, que las reformas promovidas desde dentro del sistema no han sido ejecutadas por todos los ‘integrados’ sino por algunos. Algunos cuya identidad se conoce bien: son los jefes de las clases políticas (“estadistas u hombres públicos”) o los jefes del Mercado (“capitalistas u operadores de capitales”). Reformas cuyo sentido también se conoce bien: han consistido en reenviar la sociedad civil a los nichos inertes del espacio privado y la soberanía individuada. De modo que, como también se sabe, la frontera interna persiste.

Conforme: un sistema social dominante no tiene externalidades, constelaciones extrañas a él mismo que, como sus enemigos territoriales, lo circunden. No hay tal guerra de galaxias. La externalidad desde donde puede y debe provenir el cambio del sistema no configura una diferencia extrínseca sino intrínseca: se trata, nada más y nada menos que del *bajo fondo de autonomía crítica y accional* que anida en todo ciudadano o sujeto social verdaderamente vivo. Autonomía que tampoco emana de una conciencia en sí , extraterrestre, sino del procedimiento que, horizontalmente, realizan los sujetos

sociales de sus experiencias cotidianas compartidas. Haciendo uso de su estar junto, de su oralidad, de su saber lateral y de su poder asociado. Dentro del espacio integrado pero no controlado por Estado o el Mercado. Pues, casi siempre, un sistema social no es más que la colusión e integración desorbitada del Estado y del Mercado. Y la llanura social es, siempre, más ancha que la suma de ellos.

Es cierto que, aun juntos, el Estado y el Mercado necesitan expandirse hasta los límites ilimitados de la Sociedad Civil, y para ello -a falta de concreta sustancia social- emiten y transmiten una gran de zalagarda ‘comunicacional’. Pues necesitan crear una hiper-realidad de sí mismos.

Magnificar las bondades de sus productos o de sus decisiones. Suplantar, incluso, la vida real. Monopolizar, de propia mano, los procesos históricos. Fagocitar los tiempos y los horizontes. Transformar el 'habla social' en discursos emancipados, y los discursos, en fluidos de poder corrosivo que disuelven hasta el alma. Este bullicio, repiqueteado sobre todo el orbe, cae sobre cada sujeto como nubes de smog o ángeles de la guarda contaminadores, ensordeciendo al sujeto social e impidiéndole escuchar con nítida fidelidad las voces e impulso que suben de sus respectivos 'fondos de autonomía'. Así se taponea la facultad de escucharse a sí mismo. Y no es extraño que el sistema no eduque a los ciudadanos para atender simultánea y dialécticamente, a las contradicciones del sistema en contrapunto con sus voces profundas. Que, por el contrario, intente educarlos para atender al Gran Bullicio, para hacer de ellos "ciudadanos obedientes de la ley" y "capacitados para el Mercado". Y nunca se les ha enseñado a superar sus frecuentes depresiones históricas (apatía, individuación, consumismo, adicción, intimismo inmovilista, etc.), cuyo origen debe hallarse en la incongruencia que se produce cuando aparecen, al mismo tiempo, acumulaciones de daños producidos por el sistema y sordera hacia las voces interiores. Por añadidura, el único medio para abrir los oídos a esas voces internas -el desarrollo sistemático de la oralidad transversal de los sujetos- tiende a ser aplastado por las avalanchas de flujos escriturales y audiovisuales que el sistema derrama en todas direcciones para legitimarse a sí mismo.

Las metodologías ciudadanas, por tanto, al revés de las metodologías punta-de-lanza (clavadas en un presente-abismo) y de las metodologías académicas (clavadas a un código intemporal), son todas metodologías para voces interiores y oídos transversos. Metodologías circulantes,

sin comienzo ni fin, pero llenas de sentido social. Metodologías de red, arteriales, que vuelven y que retornan, nutriendo, limpiando; como aliento, o como flujo sanguíneo. Sin objetos sin sujetos, sino de sujetos para sujetos. En movimiento perpetuo, en verdades productoras (no reflectoras) de realidad. Uniendo la esporadicidad del habla con la continuidad de la vida, y ésta con la reconstrucción de la sociedad. Es decir, estrechando el 'estar juntos'; transformando la unidad en poder, y el poder en historia. Metodologías de espacialización y horizontalidad.

En suma: metodologías para construir y ocupar el espacio público a partir del espacio -hoy 'privado'- de lo social.

Providencia, diciembre de 1995,
enero y julio de 1996.